



## LIBRO TERCERO

Vida heroica del Párroco de Ars.

---

DESDE LA FUNDACIÓN DE LA «PROVIDENCIA»  
HASTA SU SUPRESIÓN

(1827-1847)

### CAPÍTULO PRIMERO

**El Párroco de Ars se hizo santo por el ejercicio de la penitencia y por la negación de sí mismo.**

**H**EMOS llegado al punto de nuestra historia en que ésta comienza á iluminarse al resplandor de celestiales luces y milagros. La vida heroica del Párroco de Ars empieza con la fundación de su *Providencia*: la fama que adquirió entonces su nombre, los recursos que se adunaron en rededor de su persona, y el destello de santidad que ella difundía, señalaron, hablando propiamente, el principio de su vida milagrosa. Hasta aquella época se veía en él al sacerdote piadoso, mortificado, dulce, humilde y caritativo; pero no había causado aún la profunda impresión que produce contemplar en él aquella cosa



singular é incomparable que sólo se halla en el Santo.

Los que han tratado al Párroco de Ars en el fin de su vida han admirado un trabajo ya hecho; mas quien creyese que para llegar á aquel estado ha sido dispensado de los esfuerzos, penas y trabajos que forman á los Santos, se engañaría. La santidad es el fruto del sacrificio, es una muerte y un renacimiento: y claro es que no se muere sin sufrir, así como no se verifica el parto sin dolor. Vamos, pues, á referir algunos sufrimientos de nuestro santo Párroco.

Al principio tenía el Párroco de Ars con él á la buena madre Bibost de Ecully, que había venido para prepararle su modesta instalación, sin ánimo de quedarse á su servicio. Por eso estuvo tan poco tiempo á su lado. La sucedió Claudina Renard, que cuidaba de su servicio, dispensándole todos los buenos oficios de que podía tener necesidad: la dificultad estaba en hacerlos aceptar, lo cual sólo conseguía en virtud de rodeos y repetidas instancias. Cuando, á fuerza de ingenio, había obtenido un *sí*, ó al menos no se le había dicho *no*, corría á la cocina; pero, mientras encendía la hornilla, el buen Párroco había tenido tiempo de ponerse en pie de defensa; de modo que, al venir con sus provisiones, hallaba la puerta cerrada, sin que las lágrimas y gemidos consiguiesen cosa alguna.

Lo que no consternaba menos á la buena Claudina era el despilfarro caritativo que de todas sus cosas hacía el santo Párroco. Por mucho que se esmerase en renovar su modesto ajuar, él iba haciéndolo desaparecer pieza por pieza. Determinó entonces no darle su ropa sino á medida que la necesitaba; mas

esta precaución excelente vino muy tarde, cuando ya el buen Párroco nada podía dar.

Aunque Claudina Renard vivía cerca de la casa rectoral, no tenía entrada ni comunicación con ella. Cuando alguna vez conseguía entrar, aprovechaba la ocasión para barrer, fregar y poner en orden el pobre mobiliario de la casa. Alguna vez, si el amo estaba ausente, se atrevía á hacer su cama y á mullir el pajero; que, sin eso, jamás lograra poner manos en él. Una tarde halló el colchón de un lado y el pajero de otro, y creyó deber ponerlo en orden. Pasados algunos días, se encontró con la misma novedad, é hizo lo mismo; pero, para evitar el disgusto de enfadarse con ella, el santo Párroco tomó el partido de resolver la cuestión dando su colchón á un pobre.

Había además en la cama una pequeña almohada de pluma, que no tardó en irse á juntar con el colchón, y otro almohadón que siguió el mismo camino; de modo que no se quedó más que con el pobre pajero. Tanto adelantaba el buen Párroco en su amor á la penitencia y en sus empeños de mortificación, que al poco tiempo, como si se hallase aún demasiado bien sobre la paja, puso una tabla en la cama; y, por último, resolvió dejar su habitación para ir á dormir en el granero.

Había leído el Párroco de Ars en la vida de Santa Francisca Romana que esta Bienaventurada se alimentaba ordinariamente del pan seco y mohoso que había rodado mucho tiempo en el saco de los mendigos, obteniéndolo á cambio de otro rico y blanco. Háblele encantado esta práctica al buen Párroco, y durante los primeros años de su ministerio, cuando encontraba un pobre, le pedía lo que llevaba en su



saco, gratificándole por ello generosamente. Siempre se hallaba en su casa una cesta llena de ese pan malo y negro, cuya vista era lo más repugnante que había en el mundo; sin embargo, lo comía con gusto, porque la mortificación, la pobreza y la caridad prestábanle un sabor celestial. «Soy feliz—decía—comiendo el pan de los pobres; son los amigos de Jesucristo, y me parece que, cuando lo como, estoy en la mesa de Nuestro Señor.»

Algunas patatas cocidas eran los platos de su mesa, y éstas no siempre las tenía. Más de una vez fué él mismo con una pequeña marmita á comprar en casa de los vecinos la provisión de la semana. Hacía cocer las patatas, y de ellas comía mientras duraban, que solía ser ocho días. Todas las noches, después de la oración, volvía á casa, descubría su marmita, sacaba de ella una ó dos patatas, y esa era toda su cena.

Habiendo tomado á la letra la recomendación hecha por el Señor de no inquietarse por el día de mañana, pensaba que no debía cuidarse de reservar nada, como si para él no hubiese de venir otro día. Por eso, el pensamiento de sus necesidades personales, presentes ó futuras, jamás le movió á disminuir sus limosnas. Cierta día, una vecina suya le regaló un hermoso pan blanco que había hecho expresamente para él, de flor de harina. Algunos momentos después le llevó un poco de leche, que hubiera deseado verle tomar en su presencia, presumiendo que estaba aún en ayunas; mas le fué imposible conseguir que aceptase el obsequio, á pesar de todas sus instancias. No comprendió al principio el motivo de una negativa tan perseverante, y, asaltándole de

repente una idea, le dijo: «Señor Párroco, creo que no tenéis ya pan.» En efecto, no lo tenía: precisamente en aquel momento había pasado un pobre, y le dió el pan tal cual le había recibido.

Por aquel tiempo el venerable Vianney parecía haberse propuesto ir, en el terreno de la mortificación, hasta donde difícilmente se va sólo con las fuerzas humanas. Después de muchos días de ayuno, cuando ya no podía más, tomaba un puñado de harina, única provisión que hacía; la echaba en agua y hacía de ella gachas ó puches. «¡Cuán feliz era yo en los primeros tiempos (le hemos oído decir): no tenía sobre mí todo ese mundo que me abrumba. Cuando quería comer, no perdía mucho tiempo. Tres *tente en pie* hacían el servicio. Mientras cocía el segundo, comía el primero; mientras comía el segundo, cocía el tercero. Acabada la comida arreglaba mi sartén y la lumbre; luego bebía un poco de agua.»

Se entregaba el santo Párroco á esos rigores severísimos cuando deseaba alcanzar alguna gracia importante, ó cuando quería satisfacer á la Justicia Divina por algún grande pecador, rendido á sus pies por la divina Misericordia. Tenía suma confianza en el ayuno, como medio para desarmar el brazo de la Justicia Divina y combatir contra el infierno. «El demonio—decía—se burla de la disciplina y de todos los demás instrumentos de penitencia, y aun halla medio de arreglarse con los que hacen uso de ellos; mas lo que verdaderamente le derrota es la privación del alimento y del sueño.»

Por esta época, un sacerdote auxiliar suyo le hizo la siguiente intencionada pregunta: «Señor Párroco, ¿hay quien cuenta que en algún tiempo estabais fá-



»cilmente ocho días sin comer. — ¡Oh, no, amigo mío!  
 »dijo el buen Párroco, sin notar que caía en un lazo;  
 »no, eso es exageración: lo más que he hecho ha sido  
 »pasar una semana con tres comidas.»

En otras circunstancias confesaba haberse abste-  
 nido de todo alimento por días enteros, y á veces por  
 espacio de cuarenta y ocho horas. También confesó  
 haberse visto obligado á levantarse de noche para  
 tomar algún alimento, temiendo morir de inanición.  
 Puede asegurarse con certeza que el venerable Vian-  
 ney pasaba Cuaresmas enteras sin consumir dos libras  
 de pan; y hasta hizo un ensayo para ver si podía vi-  
 vir sin él. Había al lado del presbiterio un hermoso  
 jardín, plantado de árboles frutales y bien cuidado,  
 cuando él llegó á Ars; mas lo dejó bien pronto sin  
 cultivo, y los vecinos llevaban allí sus ganados. Un día  
 que Claudina Renard, siguiendo la costumbre, llevó  
 á dicho jardín su vaca, sorprendió al señor Párroco  
 comiendo un puñado de hierba. Asustada y admirada  
 á la vez de una acción tan extraña, le dijo: «¡Oh, se-  
 ñor Cura! ¿Es posible que comáis hierba? — Sí, mi  
 »buena madre Renard, le contestó sonriéndose; estoy  
 »haciendo un ensayo, y confieso que no me da buen  
 »resultado.»

Algún tiempo después, en un momento de fami-  
 liar confianza, decía á su Coadjutor: «Se ve clara-  
 »mente que nosotros hemos sido hechos de otra ma-  
 »nera que las bestias. Una vez he tratado de vivir  
 »como ellas, comiendo hierba, y me faltaban ya las  
 »fuerzas.»

En otra ocasión trabajaba Catalina Lassagne para  
 obligar al señor Párroco á que tomase un poco más  
 de alimento, diciéndole que, si no cambiaba de méto-

do, no podría vivir. «¡Oh, sí puedo vivir! ¿Sabes lo  
 »que dice Nuestro Señor? Tengo, nos dice, otro ali-  
 »mento, que es hacer la voluntad de mi Padre, que  
 »me ha enviado.» Y luego añadió: «Yo soy duro, ten-  
 »go un buen *cadáver* (así llamaba á su cuerpo); des-  
 »pués que he comido cualquier cosa, ó dormido dos  
 »horas, ya puedo volver á trabajar. Luego que un ca-  
 »ballo ha comido un pienso, se pone á trotar como si  
 »no hubiese trabajado, y el caballo casi nunca se  
 »acuesta.»

Sucedía muchas veces, sin embargo, que aquel  
 pobre *cadáver*, en fuerza de ser castigado, no podía  
 realmente más, y el mismo señor Párroco se veía pre-  
 cisado á confesarlo. «Hay días, decía, que casi no  
 »puedo hablar, sobre todo á las siete de la mañana y  
 »á las siete de la tarde; mas, cuando es para hablar  
 »de Dios, tengo aún bastantes fuerzas.» Ese abati-  
 miento se notaba particularmente en la oración de la  
 tarde, en cuya hora le quedaba tan poca voz, que era  
 preciso aplicar bien el oído para entenderle. «Señor  
 »Párroco, le dijo en otra ocasión una persona: ¿cómo  
 »es que cuando oráis apenas se os oye, y que habláis  
 »tan fuerte cuando predicáis? — Es, le respondió, que  
 »cuando predico tengo que hablar comúnmente á  
 »sordos ó á personas que se duermen; pero, quan-  
 »do oro, hablo con el buen Dios, y Dios no es sordo.»

Lo cierto es que el buen señor Párroco estaba casi  
 siempre sin fuerzas, y su estado de debilidad causa-  
 ba profunda aflicción á la señorita de Ars, que con  
 tierna solicitud solía decir: «Mi buen señor, cuidad un  
 »poco más de vuestra persona, porque me causáis  
 »muchas distracciones. Cuando os oigo rezar el Santo  
 »Rosario con una voz tan débil y apagada, en lugar



»de responder: «¡Santa María, Madre de Dios!...»  
 »estoy por decir: «¡Dios mío, tened piedad de él!»  
 »¡Concededle la gracia de que pueda concluir!...»

Los santos rigores del Párroco, no sólo causaban inquietud á la señorita de Ars, sino que á veces producían en ella cierta ira caritativa, y le amenazaba con denunciarle á su señor Arzobispo. Mas ya los Superiores eclesiásticos conocían la vida austera y penitente del Párroco de Ars, y sólo temían que la falta de discreción y tantos excesos piadosos destruyesen su salud. El señor Vicario capitular, encargando á un sacerdote que iba á Ars una visita para el señor Párroco, le decía: «Recomendadle, sobre todo, que coma un poco más; hacedle comprender que el cielo no se conquista por hambre.» El santo Párroco, cuando recibió la visita, le contestó: «El señor Vicario general es muy bueno: yo no merezco que se ocupe de mí.»

La única ocasión en que suspendía todos sus rigores habituales era cuando le obligaba la caridad, ó sea para honrar á algún compañero que venía á visitarle. Verdad es que estos casos eran muy raros, y entonces avisaba á la señorita de Ars, quien, con solicitud de tierna madre, le improvisaba una comida conveniente. Si la hora era tan urgente que no había tiempo para ir al castillo, la señorita Pignaut ó Claudina Renard se encargaban de preparar la comida, que era por cierto bien frugal y sencilla, pero siempre muy diferente de la suya. Las mismas consideraciones tenía con sus parientes cuando llegaban á Ars. Para obsequiarles interrumpía sus duras privaciones, hacía graciosamente los honores convenientes á los que le acompañaban, les animaba á comer, comía

de todo, como ellos, sin afectación, y suspendía sus austeridades.

Tomando pretexto de los servicios que prestaban al señor Párroco, pero realmente para satisfacer un poco su curiosidad, y tal vez también por una secreta intención de probarle, la señorita Pignaut y la viuda Renard le echaban en cara su poca generosidad para con ellas, quejándose de que jamás las hubiese invitado á tomar nada en su casa, y añadiendo que tantas comidas como ellas habían preparado para otros, bien merecían por gratitud alguna correspondencia. Una tarde que el señor Párroco había renovado su provisión de pan tomado á los pobres, y que había llenado bien su cesta, se fué á casa de su vecina, y con una franqueza que no era en él ordinaria, la dijo: «Claudina, ¿queréis venir esta tarde á mi casa con vuestra hija y la señorita Pignaut? Tengo algo que deciros á las tres.» Felices se creían las tres amigas, y deseaban con impaciencia llegase la hora de la cita para saber lo que quería el señor Párroco. Cuando entraron en su casa y le preguntaron qué las quería, contestó con sensible alegría: «¿Qué os quiero? ¡Qué! ¿No lo adivináis? Quiero haceros comer conmigo. ¿Estáis ya contentas? Tomad sillas y sentaos. ¡Oh cómo vamos á regalarnos! Comeremos el pan de los pobres, que son los amigos de Nuestro Señor; beberemos buena agua, que es dón de Dios; esto para el cuerpo. Leeremos también la vida de aquellos buenos Santos, tan penitentes y mortificados, y esto servirá para el alma. Vamos, pues: demos principio á nuestra frugal comida.»

He aquí cómo el buen Párroco había arreglado su mesa y ordenado el festín. En medio estaba la cesta



llena de pan de los pobres; á la derecha la *Vida de los Santos* en un grueso volumen en folio, y á la izquierda un cubo de agua con una escudilla de madera. Al ver semejante mesa, Claudina Renard, que estaba en el secreto, dirigió una mirada al señor Párroco, y se sonrió; pero las otras dos compañeras quedaron un poco desconcertadas. El buen Párroco bendijo la mesa, como si no hubiera notado la sorpresa y embarazo de sus convidadas, y ofreció á cada cual un pedazo del pan de los pobres de Cristo. «Yo »no me atreví á rehusar, dijo Ana Renard contando »esta historia, y conseguí, por fin, comer mi porción, »y mi madre también; pero la señorita Pignaut no »pudo, y, por más esfuerzos que hizo, no consiguió »pasar un bocado. Todo el tiempo que duró la comida »estuvo como en brasas, y no recuerda haber asistido »jamás á un festín parecido. No quedó con deseo de »solicitar nuevo convite.»

Con olvido tan completo de sí mismo, y tan soberano imperio sobre su cuerpo, muchas veces hubiera el Párroco de Ars carecido hasta de lo necesario si la amabilísima Providencia no le hubiese asistido con una serie de beneficios, cuyo encadenamiento hasta el fin de la vida forma uno de los más raros y singulares caracteres de su existencia portentosa. Poco antes de su muerte, mostrando á una noble y santa señora que había sido para él verdadera madre, dijo: *He ahí mi nodriza*. Y era cierto: bien necesitaba nodriza un hombre que, para todo lo que se refería á su cuerpo y á sus necesidades, se había reducido voluntariamente al estado pasivo de un niño recién nacido.

Ya hemos visto sucederse en el servicio del señor Párroco de Ars, sin pretensión alguna de su parte, á

la buena viuda de Ecully, á la señorita Pignaut y á Claudina Renard, quienes le prestaron sus servicios sin interés de ningún género, y únicamente por caridad. Cuando le faltó la última (lo que desgraciadamente sucedió muy pronto) fué luego reemplazada por otra buena mujer de la Forez, que ha venido á ser un nuevo anillo de esta cadena, y podía pasar por religiosa sin velo: llamábasela hermana Lacon. Creíase feliz prestando toda clase de servicios al buen Párroco, y nunca estaba más contenta que cuando conseguía hacerle admitir algún ligero alimento y moderar su inflexible régimen. Mas esas victorias eran raras, y frecuentemente se veía rechazada, viéndose obligada á esperar que una ocasión feliz le proporcionase la entrada en la casa rectoral; y entonces se introducía furtivamente y dejaba allí las provisiones que el señor Párroco no había querido aceptar. Luego, creyendo la partida ganada, gozaba de su triunfo, hasta que al día siguiente veía que el alimento de la víspera no había hecho más que dar un salto desde la alacena del señor Párroco al saco del primer mendigo que había pasado por allí; lo que comprobó más de una vez con el morral de los pobres que iban después á pedir á su puerta. Siempre que esto sucedía, la buena hermana se disgustaba profundamente, manifestaba su pena, sus enfadillos y sus quejas sin fin, que sólo servían para hacer reír al culpable, sin conseguir que se arrepintiese.

Dicha Lacon hizo cierto día un pastel, con intención de regalarle á su buen Párroco. Cuando le vió ya amarillo, dorado y en su punto, le retiró de la hornilla y le guardó en una alacena vieja de la cocina, creyendo su escondrijo mucho más seguro, por



hallarse aquella parte de la casa enteramente abandonada. Esperaba la tarde con impaciencia, y cuando llegó á casa el señor Párroco para comer, le dijo con la mayor amabilidad y dulzura: «Señor Párroco, ¿gusta usted tomar un poquito de pastel?—Si, respondió en seguida, y lo comeré con gusto.» Muy satisfecha de una condescendencia á que no estaba acostumbrada, corrió á su escondrijo; mas ¡oh dolor! el pastel... había desaparecido. Se incomoda la buena hermana, y dirigiéndose al Párroco con marcado sentimiento, le dice: «Señor, eso no está bien hecho: el pastel era mío; yo no os lo he regalado.—¿Y por qué lo habéis traído á mi casa? contestó el señor Vianney. Yo creo que lo que está en mi casa me pertenece, y que puedo disponer de ello.»

La buena Catalina refiere este hecho en sus apuntes, y disculpa á la hermana Lacon, haciendo notar que se había tomado grande interés por el señor Párroco, y que éste en el hecho anterior no había tenido más objeto que probarla, pues sabía que era un alma muy buena, y que cuantos más sacrificios la impulsiese, más la haría progresar en los caminos de Dios.

Lo que prueba ciertamente que la buena hermana Lacon era una bella alma é incapaz de resentimiento, es que, á los pocos días de ocurrido el suceso anterior, proponía al señor Párroco que le haría puches, ó, como él decía, *mata-hambres*. Aceptó el buen Párroco la proposición con tanta gracia y contento, que hubiera debido hacerla temer alguna mala partida como la pasada. Mas nada sospechó, y se puso en seguida á desleir su harina y á batir los huevos. El señor Párroco miraba todos estos preparativos de reojo; y cuando ya estaba arreglado, le llevó la hermana el

plato, y teniéndolo ante él, juntó las manos, levantó los ojos al cielo, como para decir el *Benedicite*, y mientras la hermana dió una vuelta, y en menos tiempo que el necesario para hacer la señal de la cruz, tomó el plato, bajó rápidamente la escalera, y se le dió á los pobres.

Tampoco era raro encontrar al Párroco de camino con alguna cosa, que tenía cuidado de ocultar bajo la sotana; y cuando no hallaba las personas á quienes iba destinado lo que llevaba, se veía muy embarazado, y lo colocaba en algún rincón, comenzando á recorrer las casas del pueblo hasta que hallaba á los pobres. Sucedia alguna vez que, al volver en busca de sus provisiones, las habían ya comido los perros ó gatos. Otras veces tocaba á todas las puertas, sin hallar á su gente, y esto no le desconcertaba; pero se veía muy embarazado y como avergonzado cuando encontraba durante estas gestiones á alguna persona respetable.

Había también en Ars una pobre ciega que vivía próxima á la iglesia, y para la que era particularmente caritativo. Llevábale con preferencia sus mejores limosnas, porque la pobre enferma tenía sobre las demás la ventaja de no ver quién era el que socorría su miseria. Comúnmente la hallaba sentada y ocupada en hacer media; se aproximaba á ella silenciosamente, colocaba en su delantal lo que llevaba, sin decir una sola palabra; cuando la pobre ciega lo advertía, palpaba con la mano lo que le acababan de dar, y, creyendo que la bienhechora era una vecina suya, decía: «Gracias, amiga mía, gracias.» El señor Párroco salía riéndose, y se volvía á casa. Mas no se contentaba con llevar á la anciana ciega todo lo que



juzgaba había de agradarla más, sino que la pagaba el alquiler de la casa, y proveía á otras varias necesidades. Conociendo muchas personas su inclinación á dar limosnas, tuvieron la ocurrencia de explotarla en beneficio del buen Párroco; y le prometieron dinero para sus pobres, á condición de que él se cuidase mejor. No se le vió jamás caer en semejante lazo, fuera de una vez que accedió á comer pollo, mediante el ofrecimiento de diez francos, que aceptó para sus pobres.

Cuando consiguió ver ya arreglada la *Providencia*, trasladó á ella inmediatamente su cocina y su mesa. Era el fundador y padre de esa casa, y quería ser su primer hijo, considerándose como un huérfano reducido á la limosna. Él lo daba todo á la *Providencia*, y de ella tomaba todo lo que había menester. Aunque su mesa era siempre pobre, creía que se le cuidaba con exceso, y de esto se quejaba cariñosamente á las directoras. «Yo pienso muchas veces, »les decía, que si tuvieseis más caridad conmigo y »con las almas, jamás me prepararíais nada. Yo haría un poco más de penitencia, y todo el mundo »se hallaría mejor.»

Muchas veces llegaba á la iglesia cayéndose de necesidad, y sus piernas no le sostenían: tan extrema era su debilidad. Entonces se hallaba tan contento como el hombre que acaba de hacer una gran hazaña. Reíase á todo reír, se chanceaba y reprendía á su *Adán* — así llamaba á su cuerpo — y le decía con dulce ironía: *¡Vamos, mi pobre Colón, arriba; tente firme!* aludiendo á un borracho de ese nombre que, cuando había bebido hasta no poderse tener en pie, se apostrofaba así para dar fuerza á sus piernas.

En una ocasión se sintió muy mal en el confesionario, y las fuerzas le abandonaban por momentos. «Es forzoso, dijo, salir de aquí, ya que aún puedo, no »sea que luego tengan que llevarme.» Salió, en efecto, con mucho trabajo, y llegó á la *Providencia* casi sin aliento, y pálido como la muerte. Pidió un poco de agua de Colonia y, al verle Catalina en estado tan alarmante, le dijo: «Ya veis, señor Párroco; esta vez »debéis estar contento... ¡Habéis conseguido ir hasta »el fin!...» El santo Párroco estaba, en efecto, bien contento, pues bajo la palidez y alteración del rostro, se veía resaltar la alegría de su alma. «Parecía »venir — dice Catalina — de donde había alcanzado »grande victoria sobre un enemigo, que era él mismo; y se reía burlándose de tal enemigo. No quiso »hacer uso de otra cosa que de un poco de agua de »Colonia; y en cuanto se sintió mejor, se fué á la habitación próxima para enseñar la doctrina á los niños.

»Ordinariamente, cuando concluye su Catecismo »(añade Catalina), tiene á la lumbre un pucherito de »leche mezclada con chocolate: hace muy poco tiempo que acepta la dicha mezcla, y eso es debido á »una buena señorita que le provee de chocolate, deseosa de su salud. Comúnmente toma la comida, si »es que merece tal nombre, de pie en un rincón de la »cocina; y como muchas veces bebe su leche sin echar »pan en ella, es operación bien pronta. Cuando tiene »alguna ocupación urgente, vuelve á la casa rectoral, llevando su puchero en la mano; y al verle atravesar la plaza en esta disposición, se le tendría por »un pobre que acababa de recibir la limosna. En tales ocasiones es cuando anda más alegre y de mejor »humor.»



Un sacerdote recién llegado á Ars le sorprendió cierto día en esa disposición; y fué tan grande su extrañeza, que se atrevió á decirle: «¿Es usted el Párroco de Ars, de quien todo el mundo habla? — Sí, » amigo mío, soy el pobre Párroco de Ars. — Esto me » repugna, dijo el sacerdote, alejándose con señales de » disgusto y como quien sufre un solemne chasco. Yo » me había figurado un hombre grave, digno y respetable, y me hallo con todo lo contrario. Este Curita » no tiene dignidad, pues come en la calle como un » mendigo: he sufrido un desengaño... » Tales palabras llegaron á conocimiento del santo Párroco, y le causaron gran placer: más de una vez refirió con gusto esta historia. «Ese buen sacerdote, decía, se ha llevado un » solemne chasco; esperaba hallar alguna cosa particular en Ars, y se ha encontrado con nada.» Mas debemos añadir también que, después de la segunda entrevista, el eclesiástico cambió de juicio: admiró al Curita, mereció su confianza, hizo con él un provechoso retiro, y salió de Ars satisfecho y contando maravillas.

En esta época podía el buen Párroco asistir á las reuniones periódicas del Clero del distrito, que comenzaban á establecerse bajo el nombre de Conferencias. Se había impuesto la ley de no faltar á ellas jamás; pero al terminar la Conferencia se excusaba discretamente, y no aparecía en la comida. Cuando llegaba el turno á la parroquia de Ars, y le correspondía á él recibir á sus compañeros, disponíase la comida en el castillo señorial; y la dueña, llena de satisfacción por suplir á su santo Párroco, presidía la reunión con aquella amable y digna alegría que cautiva los corazones.

Los vestidos del Párroco de Ars guardaban relación con su alimento. Aunque amaba el orden y la limpieza, que San Francisco de Sales llama medias virtudes, sin embargo, por espíritu de penitencia y desprendimiento, jamás tenía más que una sotana, y la llevaba siempre puesta, hasta que caía á pedazos: consentía en que se la lavasen y remendasen, cuando tenía necesidad; pero nunca aceptaba otra nueva, sino cuando la vieja no se podía ya llevar. Iba á las Conferencias y otras reuniones eclesiásticas desafiando las gracias picantes y burlas de sus compañeros, que hallaban materia para divertidos comentarios en su descuido y modo de vestir. La contestación á cuanto sobre el particular se le decía, era invariablemente la misma: «Es bastante bueno para el Párroco de » Ars. Quiero aparecer lo que soy, no quiero deslumbrar á nadie. Cuando se ha dicho: Es el Párroco de » Ars... se ha dicho todo »

